

CARLOS FORTÍN GAJARDO

KIERKEGAARD Y EL ‘‘YO’’ ANGUSTIAL

“Nuestra época se caracteriza porque enseña a eludir la responsabilidad. ¿Le es posible al hombre realizar un todo cumplido; *trazar la raya*, esa raya en la que nadie piensa y que da sentido a la suma?” (Kierkegaard).

HANS CHRISTIAN Andersen, el maravilloso escritor, cuyas fantasías han conmovido a millones y millones de lectores, vivía en un mundo de hadas y de ilusión. Nada sabía acerca del hombre concreto —carne, hueso y espíritu—, sujeto y supremo objeto de la filosofía.

Tal fue la acusación que lanzara Sören Kierkegaard a Andersen, al debutar el filósofo en el mundo de las letras, el año 1838.

El hombre en su debilidad, en su desamparo y en su lejanía ante Dios es, ante todo, una individualidad concreta; no es una abstracción o una idea platónica.

Esta postura filosófica marca, con Kierkegaard, el comienzo del existencialismo moderno y su motivo central, cuya vigencia aparece en los filósofos contemporáneos: el concepto de la vida, su valoración irrepetible e irreemplazable, como asimismo, la angustia del hombre frente a un mundo y a una naturaleza incompatibles con sus sentimientos.

Es indudable que toda filosofía tiene motivaciones profundas, vivencias anidadas en el alma del hombre que la proclamó como su verdad apodíctica.

El caso de Schopenhauer resulta elocuente. De él se ha dicho que pasó de la pubertad a la vejez sin conocer los anhelosos fuegos de la juventud. Su padre era un comerciante próspero y en este medio financista y mercantil vivió el muchacho su primera frustración in-

telectual. La madre, Juana Enriqueta, una novelista dotada de especial inteligencia, amaba la libertad y no deseaba ataduras familiares. Muerto el esposo, pudo gozar de la ansiada independencia, pero tal conducta hirió profundamente al hijo, dejando esa huella y ese hondo rencor hacia las mujeres que trasunta su filosofía.

La querella entre madre e hijo culminó cierta noche en que Arturo fue arrojado violentamente del hogar. Quien llegaría a ser el filósofo del voluntarismo se limitó a sentenciar a la madre: "Gracias a mí serás conocida por la posteridad".

El hombre que no conoció el calor de un hogar ni las ternuras de sus padres, estaba condenado irremisiblemente a ser el filósofo del pesimismo. De allí que surja, como consecuencia directa de ciertas filosofías, el factor subconsciente, este depósito de fenómenos de orden psíquico, compuesto por ideas, emociones, tendencias, sentimientos e instintos que, en parte, provienen de acontecimientos ocurridos en la época de la infancia.

El atormentado Kierkegaard nos habla de algunos acontecimientos axiales en su vida a los cuales denomina "terremotos". El primero de estos sismos dramáticos y emocionales tiene relación con su padre, un acaudalado comerciante de Copenhague, que en cierta oportunidad maldijo públicamente a Dios. El conocimiento de tal hecho produjo en Kierkegaard un desajuste psicológico y una angustia que ya jamás lo abandonaría.

Más tarde se produce su fracasado amor con la bella Regine Olsen a la cual dedicó su maravillosa producción literaria: *O esto o aquello* y *Etapas en el camino de la vida*. Pero el rompimiento no partió de la joven Regine. Las relaciones fueron abruptamente cortadas por Sören, acaso al convencerse de que el sentimiento de angustia de su alma no le permitiría hacer la felicidad del ser amado.

Sin embargo, el infortunio no dejaría de flagelarlo. Un semanario de gran circulación "Korsaren", lo hizo objeto durante largo tiempo de las más despiadadas burlas.

Y, finalmente, se produjo el terremoto que marcaría el comienzo de la filosofía existencial kierkegaardiana. Ocurrió ello cuando el obispo Martensen pronunciaba una sentida oración fúnebre en homenaje a su predecesor Mynster. En su apasionada laudatoria, Martensen llamó a Mynster "el testigo de la verdad".

Kierkegaard sintió que su alma se rebelaba y la protesta no tardó en elevarse tajante ante tal afirmación, a su juicio, falsa e irreverente. ¿Quién puede testificar la verdad? ¿Qué pruebas debemos exigir para que esto ocurra?

Para Kierkegaard sólo están en condiciones de testificar la verdad quienes pueden llegar al martirio.



Los filósofos racionalistas habían proclamado la compatibilidad del hombre con el universo. Tal afirmación, repetida hasta el cansancio, estaba fatalmente condenada a estrellarse con la rotunda protesta del pensador danés.

No, dijo Kierkegaard; lo que existe, lo que vivimos y sentimos tiene el sello distintivo de lo singular, de la desesperación y de la angustia. De allí que nuestra existencia se alce como una insalvable incompatibilidad con el Universo. Cada ser, irrepetible, irremplazable e incommunicable. Y es axiomático que nadie puede sufrir por otro con la intensidad y complejidad del propio dolor.

¿Y qué es la angustia? Angustia es angostura, paso estrecho, dificultad, aflicción, congoja. Y es también un sentimiento indefinible. Ya lo afirmaba el sofista Georgias hace veinticinco siglos: la incommunicabilidad del ser humano es algo real. El lenguaje, aun cuando posea extensión y claridad, no permite la comunicación de nuestros íntimos pensamientos, porque el tránsito de uno a otro ser desvirtúa, desdibuja o, simplemente, no refleja la intensidad original de un estado de alma.

Sören Kierkegaard, llamado el padre del existencialismo moderno (casi todas las filosofías son existencialistas), vivió y legó una doctrina angustial. Y esta desesperanza, ambivalencia pesimismo-optimismo, ensambla maravillosamente con su nombre que significa “cementerio”, “campo santo”. Pero no constituye éste el único paradigma en los anales de la filosofía.

El vocablo “Platón” significa “ancho” y era coincidente, tanto con la anchura de las espaldas como la de la mente del genial discípulo de Sócrates. Protágoras, nombre del eminente retórico griego —para quien el hombre es la medida de todas las cosas— quiere decir “el primero en la asamblea”, y Aristóteles “el mejor y más perfecto”.

Hegel había privado a los individuos de una autonomía existencial —inalienable para los existencialistas—, situándolos dentro de la idea universal. En otras palabras, aparecían disminuidos y, aun, anulados frente al mundo y sus circunstancias, desconocida su auténtica realidad. El espíritu religioso de Sören Kierkegaard, místico, teólogo protestante y asceta —que en sus mocedades soñó con ser uno de tantos detectives desenredadores de madejas policiales tras la pista

de un criminal—, se rebela contra tal tentativa excluyente, al proclamar al hombre en su valiosa individualidad. "Singular es el hombre en su soledad y en su turbación frente a Dios; el hombre encuentra a Dios en el apartamiento de los otros".

Porque el hombre posee las reservas espirituales suficientes para engrandecer su soledad y su internidad; en otras palabras, para defender su intimidad. Al igual que Nietzsche, cree el filósofo danés que la multitud representa la no verdad. El hombre, en consecuencia, es poseedor de una auténtica e inalienable realidad; no es una idea ni una cosa. Es el ser que vive y se contempla vivir. Es, en fin, aquello que tiene conciencia de su circunstancia, de lo que le rodea o circunda.

Sin embargo, debemos considerar con Kierkegaard que si el hombre fuese un animal o un ángel no sería nunca presa de la angustia. Pero el hombre es una síntesis y está inerme contra la angustia. Y a medida que su angustia aumenta y se hace más honda, tanto más grande proyecta su espíritu. Porque la angustia no es algo externo; es el hombre mismo el productor de este sentimiento inefable que es como la sublimación de su existencia.

El animal y el árbol están fuera de la angustia.

Pirandello nos dirá en lenguaje kierkegaardiano: "A veces nos parece extraño uno de nuestros propios ademanes. Y es que nos vemos vivir. Es el dualismo: vivir y verse vivir. En cambio, el árbol vive y no se siente vivir, porque el árbol no tiene circunstancia. Para el árbol, ciertas cosas como el aire, el sol, el viento y la lluvia no resultan extrañas; no son algo que él no sea. Al hombre, en cambio, desde que nace, le ha tocado el triste privilegio de sentirse vivir que, a su vez, encierra un trágico sentimiento de la vida".

Y nosotros agregaríamos que tan dramático privilegio tiene la virtud de procurar que el hombre no sólo viva y se vea vivir, sino, también, que se *desviva* en cada uno de los actos varios y mudables.



Esta profunda simpatía, esta adscripción irrestricta a lo concreto y particular por todo cuanto distingue y valora al individuo hace exclamar a Kierkegaard: "El existir soy yo siempre; mi ser es siempre el mío. Yo me he decidido a ser lo que soy y como soy; he elegido mis posibilidades de existencia, y aun cuando las modifico en el transcurso del tiempo, sigo siendo *mi existir*, interesado en sobrevivir",

Como diría Espinosa, el genial judío holandés, cada cosa, en lo que constituye su propio ser, se esfuerza en persistir en la existencia.

Hay en Kierkegaard reminiscencias del estoicismo ateniense en la búsqueda de la libertad interior del individuo —complejo de carne, hueso y espíritu—. Voluntad y dominio sobre nuestro ser, apartamiento de lo frívolo y pasajero, lucha contra el gregarismo que trasunta la no verdad.

La vida es devenir, movimiento progresivo mediante el cual se van haciendo o se transforman las cosas. En el devenir, sin embargo, alienta un anhelo nunca satisfecho de llegar a ser.

¿Significa esto que nada es, puesto que todo deviene?

Por lo menos, tal era el pensamiento de Heráclito. Según esto, todo fluye, todo marcha y nada se detiene. No nos sumergimos dos veces en el mismo río, pues el agua que encontramos no es la misma; se disipa de nuevo y de nuevo se recoge; nos busca y nos abandona; se aproxima a nosotros y de nosotros se aleja. Descendemos al río y no descendemos; somos y no somos al mismo tiempo. En otros términos, lo que es y no es, al mismo tiempo, es lo que se transforma.

A ello oponía Parménides su apotegma: "Lo que es, no puede devenir. El devenir es, pues, una ilusión".

Kierkegaard asume frente a esta pugna una posición que bien podríamos aceptar como ecléctica. Si la vida es flujo, cambio, devenir, el hombre está llamado a mantener algo en medio de la vorágine. De allí emana su idea de la "repetición", que no es la reiteración de los acontecimientos, sino la fuente misma de la eternidad. Significaría, en otros términos, "algo así como aislar y eternizar ciertos momentos de nuestro devenir".

Concibe la vida como una contraposición en la verdad y en la mentira, ya que ellas representan modos humanos de la existencia.

Pero frente a ellos se alza el imperativo de elegir. Es así como señala el dilema mostrándolo como tres etapas, que se abren al hombre para su elección: la estética, la ética y la religiosa.

La llamada etapa estética se distingue por el goce sensual, esto es, por los placeres que proporciona la vida.

La etapa ética es aquella en que el sentimiento del deber se alza como imperativo categórico; y, finalmente, la religiosa que representa una intimidad y una internidad del espíritu. Esta etapa conduce al individuo a la fe en su condición de ser individual y solitario.

Pero este "yo" en el esquema kierkegaardiano no es otro que el yo de la angustia, el cual emerge cuando la desesperación invade el ser y cuya tarea parece consistir en el aporte de una luz de esperanza.

La acción del yo angustial llega siempre en un punto de la vida del hombre, ya sea frente a la catástrofe, a la derrota o a la proximidad de la muerte. Se manifiesta, por paradoja, como desesperada protesta y resignación, a la vez; como angustia infinita y, al propio tiempo, alivio anímico frente a un inminente encuentro futuro. De allí que se repita que angustia y esperanza se nutren una de otra.

"No hay armisticio para la madre amputada de su hijo ni para el hombre que entierra a su hermano", exclama el existencialista Camus.

La respuesta es: Sí, lo hay. Y ese armisticio lo entrega el yo angustial. Podrán negarse los "yo", los "ello", los "no-yo", pero este angustial, es la realidad viva y quemante. Es la segregación incorpórea que automáticamente baña el espíritu en momentos en que el yo vital flaquea y quiere sucumbir, agobiado por la angustia suprema.

Kierkegaard estaría interpretando ajustadamente el yo angustial, cuando dice: "Quien ha aprendido a tener angustia puede empezar el baile cuando empiecen a sonar las angustias de la finitud. El hipocóndrico siente angustias mortales por cualquier pequeñez, pero cuando llega lo importante, respira. ¿Por qué razón? Porque la realidad importante no es tan terrible como la posibilidad que él mismo crea y en cuya producción consume precisamente sus fuerzas, mientras que puede conservarlas todas contra la realidad".

*

La inteligencia es un instrumento inapreciable para la búsqueda del significado de la vida. Sin embargo, la inteligencia exige definiciones, esto es, la delimitación, la indicación del límite de las cosas y de los fenómenos. Exige, en otras palabras, separar un objeto de los restantes para dar a cada cosa un contenido y una explicación lo más exactamente posible.

Pero, nos preguntaremos, ¿qué es la vida? Y tal vez no podamos encontrar una explicación adecuada.

Se dirá que la vida es una fuerza interna substancial de los seres orgánicos, mediante la cual obran éstos.

Sin embargo, ¿es la vida, realmente, esto tan simple y a la vez tan complejo; tan fácil y difícil de definir? ¿No es también el conjunto de las funciones que resisten a la muerte? ¿No es la vida, simplemente, el movimiento?

Podamos o no hallar una definición exacta de lo que es la vida, se halla por encima de todo el imperativo de vivir. El imperativo de vivirla.

De allí que Dewey, en su doctrina instrumentalista, sostenga que la vida plantea al hombre problemas que éste debe resolver. Y no como abstracto, sino como individuo concreto.

Puede valorarse entonces la lucha entablada en dos frentes por Kierkegaard: contra el racionalismo vacío y prepotente y contra la vida aplanada del burgués.

El hombre siente en sí la angustia, el abismo de sí mismo. Ante ella puede reaccionar de dos maneras: huyendo a la vida cotidiana y despreocupada "o afrontando la suspensión entre Dios y la tierra, eternidad y tiempo en que se halla el hombre".

Por su parte, Nietzsche interpreta y comprende la vida como superación permanente. Para ello es menester arrasar con las tablas de valores en una exaltación del poderío.

El ser humano está obligado a elegir "o lo uno o lo otro". La vida es —como dirá Ortega y Gasset— una permanente elección. Nuestra existencia tiene sus minutos contados y, además, la recibimos vacía; queramos o no, tenemos que llenarla a nuestro modo y ello implica no solamente la elección de un programa sino la renuncia a todos los demás posibles.



Es interesante la doctrina de Kierkegaard acerca de la fe y la angustia. Para él, un cristiano se salva y se realiza por la fe. La fe es, pues, el ser. Sin embargo, nadie puede poseer la fe sin que medie la angustia. Pese a que el hombre es siempre libre no le es dado precaverse contra la angustia emanada del abismo irreconciliable entre lo finito y lo infinito.

La fe tiene el poder y la virtud para inducir al hombre a que acepte todo aquello que Dios enseña, incluyendo en ello el absurdo.

En consecuencia, el esquema kierkegaardiano nos presenta la angustia como el elemento fundamental y primigenio de la fe.

Pero no debemos confundir la angustia con el miedo. El miedo, generalmente se refiere a un fenómeno determinado, conocido o, por lo menos, intuido. Es, podríamos decirlo, un reflejo condicionado, porque tenemos experiencia de los fenómenos que lo provocan en nosotros.

La angustia, en cambio, es siempre "una posibilidad suspensa".

El hombre se angustia por causas diversas y complejas, entre ellas —como hemos dicho— porque vive y se ve vivir, porque tiene circunstancia.

Para usar una definición orteguiana, la circunstancia es lo que rodea o circunda al hombre; el otro término de la dinámica coexistencia en que consiste la vida. Es la oposición del sujeto cognoscente al objeto conocido.

Las cosas no son nada si no interviene la conciencia cognoscente. Las cosas existen porque nosotros las conocemos. Es el imperio absoluto del subjetivismo. Y este imperio del subjetivismo hunde al hombre en la angustia.

El hombre sabe que su ser es existir, y existir no es otra cosa que "temor y temblor", desesperación y angustia.

Comprende y lo siente —"como astilla en la carne"— que vive en medio del pecado y que es pecador. Siente su ser suspendido en la nada. Sabe todo esto perfectamente, pero se lo oculta a sí mismo, porque aspira a la felicidad, aun cuando ello se obtenga mediante el engaño.

La culpa del hombre, el pecado, preocupa a la filosofía de Kierkegaard. ¿Cómo es posible el pecado? "La inocencia no puede pecar. Para que haya un primer pecado es necesario que antes no haya habido pecado. Pero si antes no hubo pecado, no puede haber pecado nunca, porque ese antes era inocencia y la inocencia no puede pecar. Tuvo que haber pecado antes del pecado. Esa es la brujería. La inocencia es ignorancia; no sabe de distinción entre bien y mal. Para experimentar el deseo de usar de su libertad, Adán hubiera debido tener lo que no tenía, esto es, un saber de la libertad. Lo único que la prohibición hizo fue angustiarle, pero angustiarle de nada, porque Adán no sabía ni podía conocer el sentido de aquella prohibición. La angustia, que es angustia de nada, hizo surgir una nueva nada, porque Adán no sabía qué era lo que podía".



Otros aspectos de la temática kierkegaardiana lo constituyen la elección y la verdad.

Lo que la razón sintetiza superficialmente puede alcanzarse con plenitud por medio de la elección existencial.

De allí que señale la enorme importancia de la elección o decisión. No elegimos una cosa o esencia abstracta. Debemos elegir nuestra libertad.

Coinciden con este pensamiento Sartre y otros existencialistas, al afirmar que el hombre se elige en cada acto de su vida. Esta permanente elección, esta ininterrumpida decisión transforman al hombre en el porvenir del hombre.

Y en cuanto a la verdad, Kierkegaard siguiendo su temática rigurosa, cree encontrarla en el hombre concreto.

Sostiene que el hombre no alcanzará su meta si, al igual que Cristo, él mismo no representa la verdad. "Cristo no habría sabido jamás la verdad si EL no hubiera sido la verdad, porque nadie sabe la verdad si no se expresa en su vida".

No es bastante ser cristiano, según el filósofo danés, es preciso hacerse cristiano constantemente. Es necesario que Cristo sea nuestro modelo y que caminemos a su lado, porque es siempre nuestro contemporáneo.

Si como hombres culpables estamos separados por una inconmensurable distancia del Dios omnipotente, afrontemos el abismo acercándonos a Cristo que convierte lo divino en algo accesible al hombre común.

Toda una filosofía dramática y rica en matices poéticos.

Si al decir de los griegos la filosofía nace del asombro, Kierkegaard, sin constituirse en el iniciador del existencialismo, aporta lo dramático de sus conceptos acerca de la angustia, la libertad y la nada, a las escuelas que se nutren de la ambivalencia pesimismo-esperanza. Y este dramatismo se agiganta en nuestros días turbulentos en que la máquina está despojando al hombre de su personalidad y en instantes en que comienza a surgir la interrogante de "por qué hemos sido lanzados al mundo".

Tal vez podría afirmarse que el existencialismo surge como el acontecimiento culminante de la filosofía contemporánea, aun cuando sea una expresión cíclica —aquello que Nietzsche llamaría un eterno retorno—, algo que se repite, porque el hombre nunca alcanza la felicidad que anhela.

Y ello se debe a que en el ser humano siempre anida la insatisfacción. El hombre vive, sufre y luego apura el placer; sin embargo, pronto le sobreviene el hastío. ¿Qué indica esto? Que en el fondo de su espíritu y de su ser no persigue solamente algo material. Lo material le produce periódico hastío. Todo indica que aspira a algo superior, al bien supremo, y sabe que el vehículo para ello no es otro que la angustia.

El hombre es un creador permanente y tanto sus fracasos como sus triunfos representan angustia.

Podríamos decir también que existencialismo es la rebelión contra un pasado y contra un futuro desconocido. El animal irracional no se rebela contra el pasado ni teme al futuro. De allí que el existencialismo sea una filosofía humana y dramática.

El hombre aporta su conocimiento al servicio de la necesidad de vivir.

Decía Unamuno que vivir es una cosa y conocer es otra y acaso hay entre ellas una tal oposición que podamos decir que todo lo vital es antirracional —ya no sólo irracional—, y todo lo racional es anti-vital.

He aquí la base del sentimiento trágico de la vida.



¿Nos enfrentamos a una filosofía pesimista?

Tal vez podríamos calificarla más propiamente de dramática, conmovedora. El pesimismo atribuye al Universo la mayor imperfección posible, ve y juzga las cosas por el lado más desfavorable. En resumen, para el pesimismo es imposible la salvación del mundo.

Schopenhauer, pesimista, sostiene que el hombre nunca es feliz, pero aspira siempre a serlo. La vida es lucha incesante, deseo nunca saciado, de allí que esté llena de miserias, sufrimiento y desilusión. Cree Schopenhauer que, si existiese un Dios, merecería que un demonio lo torturase por haber creado un mundo semejante.

Para la concepción nietzscheana de la existencia puede considerarse al pesimismo como un signo de decadencia, al paso que el optimismo representaría la superficialidad. Como justo término o "meden agan" aristotélico aparecería el optimismo trágico, "disposición del hombre fuerte que busca amplitud e intensidad de experiencia, aun al precio del infortunio y se complace en descubrir que la lucha es la ley de la vida".

Al proclamar Kierkegaard la fe como el ser del hombre borra de su filosofía todo vestigio pesimista. Hay pues, en su temática, una confianza salvadora, pese a la distancia que separa al hombre pecador del Dios omnipotente.

Esto no quiere decir que el hombre concreto se libere del enfrentamiento a la decisión lacerante entre Dios y sí mismo, ya que su corazón está permanentemente inquieto.

Sin embargo, la fe nos permite aguardar con optimismo el futuro indescifrable.

¿Reminiscencia pascaliana? El famoso argumento de la apuesta

encierra un fin muy humano e interesado para creer en Dios. "Dios existe o no existe. ¿A qué lado nos inclinaremos? Nada puede determinar en esto la razón. Hay un caos infinito que nos separa. Al extremo de esta distancia infinita tiene lugar un juego que puede resultar cara o cruz. ¿Cómo ganaremos? Hay que apostar. Esto no es voluntario; estamos comprometidos. ¿Qué partido tomaremos? Vamos a ver Puesto que hay que elegir, veamos lo que más nos conviene. Calculemos la ganancia y la pérdida, apostando por cara que Dios existe. Estimemos estos dos casos: si ganamos, lo ganamos todo, si perdemos, no perdemos nada. Apostemos pues, que existe, sin duda".



Tenemos un dato seguro, un dato cierto, y este dato es la existencia.

Se ha descrito la existencia como lo que está ahí; lo que sale de algo y constituye algo, lo que se muestra por encima de algo; en fin, lo que posee realidad.

Pero esta existencia tiene, indudablemente una finalidad específica. Según Heidegger, tal finalidad es la preocupación, auténtico ser del existir. Implica, además, poder ser, trascender.

Sin embargo, se dirá que la existencia debe necesariamente apoyarse en algo subyacente. O, por el contrario, el existir consistiría simplemente en una sustentación del ser en su propio ser.

En su metáfora, Kierkegaard contempla la araña desprendiéndose desde lo alto hacia el vacío, sin ningún apoyo exterior. Enfrenta el abismo con el hilo de sus propias entrañas.

Así también, el ser humano está llamado a desafiar el vacío del mundo, sin sustentación exterior, dependiente del hilo de sus propias entrañas. Es la dramática esperanzada imagen del hombre.

Este hombre que cuelga del hilo invisible de sus entrañas, aun cuando no viva una soledad física, experimenta una soledad metafísica. Teme al mundo y a los demás hombres. De ahí que el filósofo danés llegue a concluir en la imposibilidad de amar a Dios sin odiar a los hombres.

Pero el hombre metafísicamente solitario no es solamente un individuo sino una persona, una máscara —como diría el griego— que cubre el rostro del actor en la comedia humana. Máscara que es, a la vez, una caja de resonancia en la cual va a estrellarse su propia voz.

¿No nos sorprendemos a veces al escuchar nuestra voz o al detenernos en un pensamiento, como si ello constituyera algo ajeno al propio ser? Solamente un análisis posterior será capaz de convencer-

nos de un hecho: esa voz o ese pensamiento eran nuestros. La explicación podría ser que formamos un conjunto psicofísico, dentro del cual no siempre estamos en condiciones de captar la unidad de pensamiento, sentimiento y acción armonizada. Sólo la intuición, que se adelanta a la inteligencia, es capaz de darnos el sentido unitario del ser.

Los grandes momentos, para escuchar la resonancia de nuestra propia voz, son aquellos en que se apodera de nosotros la ansiedad, la inquietud, la duda, la perplejidad; cuando enfrentamos abruptamente una dificultad lógica que nos parece insuperable, un camino sin salida.

•

Esta filosofía de crisis, atormentada y contradictoria ¿es acaso un producto de nuestro tiempo?

Todo indica que una afirmación de tal naturaleza resulta históricamente errónea. La filosofía de la existencia tiene sus raíces en los sofistas, en Sócrates, en los cirenaicos, epicúreos, pirrónicos y estoicos. Es, en otras palabras, una filosofía de crisis que implica un eterno retorno y una cíclica repetición.

La derrota de Atenas marcó el comienzo del auge de las filosofías escépticas, estoica y epicúrea. Un cansancio por la especulación filosófica se apoderó de los espíritus y surgieron estas escuelas como productos típicos de la crisis: duda, suspensión del juicio, desprecio por todo aquello que no signifique esfuerzo, sacrificio y renunciación; y, por otra parte, deseo de apurar la vida sin preocupación por el mañana.

Arístipo de Cirene afirma que el bien no es otra cosa que el placer gozado en el instante presente, libre de toda preocupación respecto del porvenir. El valor de la existencia consiste en libertarse de la añoranza y del deseo. Todos estamos expuestos a males naturales y necesarios, lo mismo que a la muerte. Ir en busca de la felicidad futura es, en consecuencia, ir en busca de un fin incierto que puede escapárenos.

Por otra parte, si queremos buscar la felicidad tendremos que pensar sin descanso en el porvenir, lo que nos convierte en esclavos del tiempo que aún no ha llegado. La felicidad podría reducirse a nuestra libertad actual. Debemos pensar únicamente en el presente, sin añorar el pasado y sin desear el porvenir, gozando el placer actual sin pretender una felicidad que no está en nuestras manos.

Así hablaba Arístipo, el hedonista.

Pero otras escuelas aportaban soluciones opuestas para salvar esta crisis existencial. Antístenes creía que el dolor y el esfuerzo, es decir, la actividad que lucha contra todos los obstáculos es la virtud existencial por excelencia.

Pirrón, el escéptico se preguntaba: ¿Qué es lo que perturba a los hombres? Y respondía: "Lo perturban las opiniones que tiene acerca de los bienes y de los males y, por lo tanto, el deseo de gozar los bienes y el temor de sufrir los males". El sabio se abstiene de juzgar sobre el bien y el mal. Todo le es igual: riqueza o pobreza, salud o enfermedad.

Por otra parte, a través de nuestra existencia breve, nos es imposible conocer las cosas en su verdadera naturaleza y, puesto que nada puede ser conocido, la única actitud lógica debe ser la imperturbabilidad o ataraxia. No podemos afirmar nada ni negar nada. Tendremos que suspender siempre nuestro juicio.

Epicuro proclamaba que el placer es el fin supremo del hombre, pero no el placer sensual sino el cultivo del espíritu y la práctica de la virtud. Epicuro, en consecuencia, nada tenía de epicúreo, ya que este vocablo ha quedado como sinónimo de voluptuoso.

La actitud existencial del estoicismo de Zenón es evidente al buscar primero, en el individuo mismo, un principio de libertad interior capaz de substraerle a los golpes de la fortuna y de los hombres. Tal principio es la voluntad que lucha y trabaja, es el esfuerzo, es el poder sobre sí mismo, independiente de todo poder exterior.

•

La angustia vital que es como la sombra fiel del hombre de hoy, proyecta con mayor nitidez esta bella, depresiva y a la vez optimista filosofía de la existencia, al cumplirse más de un siglo y medio del nacimiento del gran filósofo danés.

Su preocupación atormentada puede resumirse en ¿quién soy yo?

Pero la interrogante encierra una angustia creadora.

Sobre su alma pesaba el mucho saber de nuestro tiempo y el olvido de lo que es el existir y la internidad.

Pascal decía que la superioridad del hombre consiste en saber que se muere, a lo cual Vicente Fatone agrega que la inferioridad del hombre consiste en saber que vive.

Kierkegaard atribuía al hombre concreto la misión de re-crear su vida, de comprenderla plenamente y de elegir el momento, alcanzando al mismo tiempo la eternidad.

Su pensamiento existencial representa la reacción de la filosofía del hombre concreto frente a los excesos especulativos de las ideas y frente a la cosificación, que presupone la oposición de la cosa a la persona para absorberla y despersonificarla.

De allí que nos diga: "Mientras el pensamiento abstracto se propone comprender abstractamente lo concreto, el pensador objetivo tiende, por el contrario, a comprender concretamente lo abstracto".

Filosofía de crisis, de separación, de abismo. Filosofía que plantea un dilema: salvar el obstáculo o hundirse. Porque la crisis implica una situación inestable, oscilante entre dos o más directrices a impulsos de fuerzas encontradas —pesimistas y optimistas— y casi equilibradas, que llegan al límite.

Colocadas las cosas en equilibrio inestable, bastará la pequeña preponderancia de una de ellas para que el conflicto alcance la solución.

En este punto se detiene, expectante, la filosofía ambivalente de Kierkegaard, proclamando que el individuo concreto, indiviso, está llamado a conservar todas sus fuerzas espirituales y morales para enfrentar la realidad.



Fue un demoledor de los viejos moldes axiológicos. Opuso la existencia a la razón, la ruptura a la continuidad y a lo estático; la desazón y la angustia, para desdibujar el concepto clásico de la tranquilidad.

Pero habrá que insistir, sin embargo, que no fue un pesimista.

La filosofía, en su eterno flujo y reflujo, en este alejarse y volver a su punto de partida, debe afrontar fatalmente la extensión del lenguaje, la búsqueda de giros y vocablos que hagan posible una comunicación más clara y directa entre la idea y la realidad. De allí que podríamos insinuar un neologismo distintivo de esta escuela kierkegaardiana, denominándola filosofía "problemo-dramática", esto es, algo conmovedor que se lanza hacia adelante.

Kierkegaard deja de existir a los 42 años, en plena juventud. Es destino de filósofo apasionado.

Pascal abandona este mundo a los 39 años, dolorosamente enfermo de las entrañas y del cerebro; Espinosa, a los 44 años, y Guyau, el defensor acérrimo de los valores humanos, cae vencido por su precaria salud a los 34 años, con sus manos entre las manos de otro filósofo, Alfred Fouillé, su padre político y espiritual.

Acaso si sobre la tumba de Sören Kierkegaard podría encontrar tímida cabida esta inscripción:

“La filosofía especulativa ha muerto; sólo alienta la filosofía de la existencia, contradictoria, irracionalista, intuitiva y, a veces, absurda”.